

encuétrase tan ahumada por los cirios que la alumbraban en otro tiempo, y ha sido restaurada últimamente con tan mala fortuna, que apenas pude formar juicio de su verdadero mérito.

A todo esto eran las cuatro de la tarde. Yo estaba fatigado, y además había visto los mas notables monumentos de Pádua. Dí, pues, por terminada mi escursión artística, y dije al astuto jorobado que me pasease por los principales sitios de la ciudad.

El rapaz aceptó con júbilo el mando discrecional que le confiaba, y crugiendo el látigo denodadamente, puso al escape la apollada calesa, que empezó á dar saltos mortales sobre el incoherente empedrado, haciéndome creer á cada momento que había llegado mi última hora.

Así pasamos por la *Plaza de los Frutos*, en que se venden los granos, por la *Plaza de las Yervas*, por la *Plaza de las Uvas*, y no sé por cuantas plazas mas, hasta que finalmente llegamos al *Prato della Valle*, cuya hermosura desdice del resto de la ciudad y donde pasé lo que quedaba de tarde dando vueltas á pie ó en coche bajo unas amarillas arboledas.

El *Prato della Valle* es la plaza principal de Pádua. En medio de ella hay un gran jardin cubierto de césped, cruzado por varias calles de árboles y rodeado de un canal elíptico, en cuyas dos márgenes se elevan hasta setenta y cuatro estatuas de italianos célebres, paduanos en su mayor parte. La forma de aquel jardin recuerda la de un anfiteatro que ocupaba antiguamente el mismo lugar. Las estatuas son menos que medianas; pero confundidas con los árboles, repetidas en el agua, dibujadas en el cielo, ennoblecen y hermosean aquella plaza monumental, en que solo eché de menos alguna gente de agradable porte que me acompañase en mis paseos.

Pero la verdad es que ayer tarde hacia demasiado frio en la insigne ciudad de Pádua, para que las ahijadas de San Antonio dejasen sus históricas viviendas.

Hube, pues, de contentarme con verlas detrás de los cristales de sus antiquísimos balcones,—y lo que ellas no saben es que cuando alguna me llamaba la atención, le pedia noticias suyas al tremendo jorobado, el cual me revelaba el nombre de la beldad, su historia, sus amores, su posición, sus gustos, la iglesia á que iba á misa, los trajes que usaba habitualmente, y otras muchas cosas que me hacían tanto efecto como las novelas de Balzac.

¡Oh! nada hay tan melancólico en nuestra vida humana como estas intersecciones de dos destinos, procedentes de diversas y apartadas cunas, y llamados á no encontrarse mas sobre la tierra!

Ni ¿quién será tan insensible que no haya experimentado alguna vez la vaga inquietud de semejantes emociones?

Pasais por una ciudad sedentaria en que nunca habeis estado y á la que no pensais volver. Veis en un balcon una hermosa jóven pensativa, que por casualidad fija en vos sus tristes ojos. Indudablemente, ella se ocupa de vuestro destino durante un fugitivo instante.....

—«¡Un hombre! ¡un desconocido!...—murmura distraidamente su pensa-

miento.—¿Quién será? Seguramente será alguien para algunos. El creará que para mí no es nadie. Y es que yo no soy nadie para él. El pasa por aquí viniendo no sé dónde y dirigiéndose á alguna parte. Nuestras vidas no se conocen. Solo se han visto nuestros cuerpos. Nuestras almas tienen diferente norte. El habrá ya constituido sus afectos, como yo los míos... ¡Dobló la esquina! Héme aquí otra vez sola, encerrada en el círculo de hierro de mi monótona, rutinaria y fastidiosa existencia.»

Así, pues, el viajero es para aquella mujer la sombra querida de la libertad, la imagen del porvenir, lo desconocido, lo insólito, lo poético... el mas allá de los muros de su casa y de las montañas de su horizonte.

En cambio, aquella mujer es para el viajero como la esfinge de su vida.

—«¿Quién sabe,—se pregunta uno,—si esa es el alma gemela de la mía; si esa mujer me está esperando hace mucho tiempo; si ella sería mi felicidad? ¿Quién sabe si yo estoy pasando ahora mismo por delante de la dicha, sin advertirlo siquiera, y he de seguir adelante buscando una cosa que me he dejado atrás? ¿Quién sabe si mañana volveré á encontrar á esta mujer en mi camino, y la amaré y suspiraré por ella, y entonces será ya tarde?»

Y en medio de estas dudas, nos maravilla que aquel ser haya existido diez y ocho ó veinte años sin que nosotros lo supiéramos, sin que lo hubiésemos imaginado siquiera; y nos duele el corazón al comprender que ya nunca volveremos á saber de aquella vida; que ignoraremos su futura historia; que no tendremos noticias ni de su muerte; que al dejar aquella calle es cuando verdaderamente morimos el uno para el otro... ¡y que era tan bella, era tan espresiva, era tan grave, sería tan cariñosa!...

¡Oh, lo desconocido!—Lo desconocido es lo infinito! ¡Lo desconocido es todo lo que nos falta! ¡Lo desconocido es el cielo!

Mientras yo pensaba de este modo (sin mas razón ni motivo que haber visto moverse las cortinillas de dos ó tres balcones y haber columbrado entre cristales, aquí unas trenzas sedosas, allí unos ojos negros rasgados, ora una mano aristocrática, ora un talle juvenil mal desfigurado por los pliegues de una bata), el día empezaba á desaparecer; los pájaros cantaban ya reunidos en las marchitas copas de la arboleda; el frio se hacia sentir cada vez mas; la niebla se levantaba del suelo é iba á reemplazar á las nubes que empezaban á desalojar la atmósfera... En los balcones de algunas casas brillaba ya la luz de la velada de familia.

Todas estas cosas dieron otro rumbo á mis ideas, y pensé en que hoy haria buen día, puesto que la niebla empezaba á helarse, y en que ya había visto á Pádua, y por consiguiente debía continuar mi camino. Pregunté al jorobado cómo se hacia el viaje á Ferrara, y me dijo que todas las mañanas á las cinco salía una silla de posta con dirección á esta ciudad, á la que se llegaba en diez horas.

Fuíme, pues, al hotel: comí solo, lo cual es mas triste que no comer, suponiendo que se halla almorzado: escribí á España una carta, muy mas interesante y curiosa que este capítulo: envié á la posta por un billete para Ferrara: ar-

reglé mi diminuto equipaje, y me acosté con peor humor que me levanté por la mañana.



Casa del Tasso en Sorrento.

¿Dónde estaba ya Venecia?

Venecia, y no solo Venecia, sino tambien Pádua, se habian hundido en ese abismo sin fondo que se llama lo pasado.

Esta mañana á las cuatro estaba ya de pié; dirigíme á la administracion de

correos; subí en la *mala-posta*; y poco despues salia de la ciudad por la puerta de *Santa Croce*.

Segun adiviné ayer tarde, el dia de hoy apareció magnífico. La tierra estaba escarchada; los árboles, todavía verdes, brillaban al naciente sol, y las aves cruzaban el limpio azul de la atmósfera, aprovechando como yo el buen tiempo para emigrar al Sur de Italia.

La carretera se dilatava por entre viejos álamos, que la cubrian de dulce sombra.

Aquellos magníficos arrecifes solo pudieran compararse al Paseo de las Rosas de Aranjuez.

Así he andado leguas y leguas.

A un lado y otro del camino veia constantemente dos canales; el de *Bataglia* y el de *Monselice*.

Si yo no hubiera estado triste y solo, este viaje habria sido tal vez el mas cómodo y delicioso de mi vida.

Ni polvo, ni frio, ni calor, ni gran movimiento en el coche...—Nada me recordaba las fatigas ordinarias de un viaje.

Los caballos trotaban acompasada y briosamente, y la silla de posta se deslizaba por el compacto arrecife, sosegada y ligera como por una alameda de los Campos Eliseos.

A unas seis leguas de Pádua, pasé á la vista de la ciudad de *Este*, cuna de la ilustre familia del mismo nombre que reinó en casi todos los estados del Norte de Italia.

Una rama de esta familia dió origen á la dinastia de Brunswick, que reina todavía en Inglaterra y en Hannover...

Pero yo estaba hoy muy lejos de pensar en semejantes cosas.—Yo no pensaba mas que en *Alfonso I d'Este*, el cuarto marido de Lucrecia Borgia, cuyo palacio iba á visitar en Ferrara, y en Alfonso II, el hermano de aquella *Eleonora* inmortalizada por el Tasso.

La poesia es el alma de la historia.

Luego pasé el poderoso *Adige*, y despues el *Adigetto*, desmembracion suya.

A orillas del *Adigetto* se levanta *Rovigo*, ciudad de 9,000 habitantes, en la cual solo paramos el tiempo preciso para almorzar y mudar de caballos.

Al partir de Rovigo sorprendíme mucho que el terreno, lejos de subir, como acontece siempre que se sale del lecho de un gran rio (y nosotros acabábamos de dejar atrás al opulento Adige), seguia bajando cada vez mas.

El conductor, á quien comuniqué mi estrañeza, me esplicó entonces que tanto el Adige como el Po, al cual nos dirigiamos, corren, á su desembocadura en el Adriático, por unas orillas artificiales, y que los terrenos adyacentes están mucho mas bajos que sus aguas. Los diques que encauzan aquellos ríos han sido levantados para evitar las inundaciones, antes muy frecuentes, y para acelerar su curso, á fin de que arrastren mas arena. Esta arena, depositándose siglos y siglos en las playas del Adriático, ha dado lugar á que las ciudades bañadas en

otro tiempo por las olas, como *Adria*, que dió nombre á aquel mar, se encuentren ahora muchas millas tierra adentro. Y de aqui tambien que el Adige y el Po suban continuamente de nivel y estén hoy levantados sobre la llanura, á la manera de acueductos, amenazando á Ferrara y á otras poblaciones que se asientan debajo de ellos, con un espantoso cataclismo.

Por lo demás, el territorio comprendido entre el Adige y el Po no puede ser mas ameno. La carretera se prolonga sobre altas calzadas cubiertas de frondosos árboles. Los olivares y las viñas se recuestan por ambos lados sobre apacibles llanuras, é innumerables arroyos, procedentes sin duda de filtraciones de los grandes rios, brillan al sol como serpientes de plata, y se pierden á la derecha en los desiertos arenales.

Llegamos en fin al *Po*.

El *Po* es la frontera entre el Veneto y los Estados-Pontificos, ó sea entre el imperio de Austria y el nuevo reino de Italia.

Hace pocos meses, la márgen derecha del *Po* (aquellas tierras de que me separaba el anchuroso rio) pertenecia á la Santa Sede.—Allí empezaban las *Legaciones*.

Hoy son provincias de los estados de Victor Manuel.

En aquellos melancólicos parages el *Po* es caudalosisimo, y corre lento y sosegado como un brazo de mar en calma.

Yo le habia visto niño alborozado y jugueton á las puertas de Turin. Luego le encontré impetuoso y adulto cerca de Pavia. Hoy le volvia á hallar fatigado y próximo á la muerte; pero sereno y magestuoso!

El, como yo, venia de recorrer toda la alta Italia, desde el Monte Viso al Adriático, ó sea una estension de ciento cincuenta leguas.—¡Cuántas ciudades; cuántas aldeas; cuántas campiñas, cuántos puentes, cuántos bosques habia reflejado en sus aguas!

Nosotros no le pasamos desde luego, sino que subimos por su orilla izquierda durante dos horas, sobre la calzada que le sirve de dique.

Figuraos lo deliciosa que seria esta marcha al galope por aquel elevado camino, sobre aquella especie de muro, viendo á un lado, debajo de mí, la estensísima superficie del noble rio, y al otro, á mayor profundidad, una verde pradera cuajada de árboles y cruzada de arroyuelos.

Así llegamos á un pueblecillo de pescadores y bateleros llamado *Santa María Magdalena*.

Allí está la aduana de los austriacos.

Por allí debíamos abandonar el Veneto.

En frente de *Santa María Magdalena*, al opuesto lado del rio, se miraba en las aguas otro pueblecillo.

Era *Ponte-Lagoscuro*, primera poblacion de los antiguos Estados de la Iglesia.

Allí se veia la aduana de Italia, sobre la cual ondeaba la bandera tricolor con la cruz blanca de Saboya.

En la orilla esclava habia un fuerte destacamento de soldados de Austria, con sus capotes grises y sus kepis aplastados.

En la orilla libre paseaban algunos *bersaglieri*, ufanos con su traje montañés y su sombrero de plumas.

Entre una y otra márgen no hay todavía puente alguno.—La travesía del *Po* se hace en frágiles barquichuelos.

El que debia trasladarme á mí, hallábase ya preparado.

Sufri, pues, nuevos vejámenes en la frontera austriaca; dejé que me interrogaran y que registraran mi saco de noche; di espresiones para Giotto al conductor, que desde allí se volvia á Pádua con la silla, y penetré en un bote de mala muerte, gobernado por dos remeros.

Pocos minutos despues, pasábamos en medio del *Po* aquella línea imaginaria,—¡demasiado imaginaria!—que separa *legalmente*, y no de otra manera, á dos pueblos dotados por Dios de unos mismos rios, de un mismo horizonte, de una misma sangre, de una misma lengua, de un mismo genio, en fin; ¡del genio de las artes, lazo indisoluble de la unidad italiana!

¡Inolvidable momento!...